

¿Cómo justificar el horror?



*Juicio de Nuremberg*

*(Noviembre, 1945)*

—¡Mierda...!

El impropio atronó en el Palacio de Justicia como si se hubiera pronunciado a voz en grito desde el mismo Nido del Águila, refugio idílico del poder de Hitler y sus secuaces durante la *Gran Guerra*. Había comenzado el proceso judicial y los nazis veían cómo su mundo era cuestionado. De la noche a la mañana corrían el peligro de recibir un duro castigo.

Ante el estruendo provocado en la sala, se hizo un silencio que podía cortarse. Todos los allí presentes dirigieron una mirada de reprobación a Hermann Wilhelm Göring, el que fuese miembro y figura prominente del Partido Nazi, lugarteniente de Hitler y comandante supremo de la Luftwaffe.

Este, desconcertado por su propia acción, con el gesto torvo y mirada desafiante, contempló arrellanado desde su asiento cómo

los miembros de la corte, incluido el mismo presidente del tribunal, parecían esperar a que rematara la frase que con tanta furia había principiado. En vez de ello, Göring se encogió de hombros y no supo ni quiso disimular una sonrisa que a sus labios afloró. No había podido evitar el exabrupto, se trató de un acto reflejo: Rudolf Hess acababa de hacerle partícipe de otro de sus excéntricos comentarios al oído, y eso le había exacerbado.

El Gordo, así le llamaban a sus espaldas, bajó la vista y desdeñoso se encerró en su caparazón. Pensó que Hess estaba perdiendo la cabeza, si es que no lo había hecho ya. Sin duda no era el hombre que había conocido; ahora su lucidez se había disipado como se diluyeron los ecos del triunfo, el fulgor de los desfiles, las marchas militares y el estrépito apasionado de las gargantas de aquellas gentes que en su día se agolpaban y jaleaban por miles, brazo en alto, en las anchas calles y plazas berlinesas al paso de los estandartes que lucían la cruz gamada y los símbolos del renacer ario.

Finalizada esa mañana la vista ante el tribunal, de regreso a su celda custodiado como siempre, Göring caminaba con determinación por el infinito pasillo, mientras examinaba con desdén a sus captores. Cavilaba sobre el hecho de que a pesar de ser cautivo de las potencias vencedoras y tener que soportar la pantomima justiciera con la que aquellos se lavarían las manos de cualquier crimen culpando a los alemanes de todo mal, aun así trataría de litigar y demostrar al mundo su nobleza del caballero ario y fidelidad inquebrantable al nazismo en contra de la impostura y superchería de sus enemigos. Estaba bien seguro de que el verdadero pueblo alemán lo entendería y aplaudiría.

Göring vislumbró, tiempo atrás, que el Führer había llegado a apreciar a los británicos, a odiar a los franceses, a menospreciar a los americanos y a considerar infrahumanos a rusos y judíos. Las disquisiciones más dispares acudían a su mente, mientras sus voces le susurraban: «Ahora todos ellos quieren juzgarte. ¡Es de risa! ¿Cómo podía el Führer admirar a estos ingleses?, a ese atajo de

piratas que han conseguido crear un imperio sirviéndose del robo y exterminio de los pueblos sojuzgados. ¡Y nos llaman racistas!, cuando ellos ocultan sus peores vergüenzas con moralina victoriana, no exenta de hipocresía estirada y mojjigata. ¡Y los franceses!, esos pusilánimes a los que estamos hartos de vencer y hacer correr hasta París, pero que en el último momento siempre logran sacar tajada de las derrotas. ¡Ah!, los americanos, tan sobrados y pendencieros, sin historia ni tradición, un atajo de analfabetos que se han adueñado del mundo. Los esclavos y judíos, simplemente no cuentan: basura étnica; Europa y la humanidad habrían estado mejor sin ellos, aunque no queda más remedio que reconocer que los rusos y su tozudez han sido realmente los que han sostenido la guerra y finalmente nos han llevado a la derrota y al ostracismo.»

Cuando lo enclaustraron, el crujir del pestillo pareció amparar su soledad. Por momentos la rabia lo enardecía, se sentía una víctima indefensa ante el oprobio de sus enemigos. Durante un instante examinó las paredes que lo aprisionaban e inspiró con fuerza, llenando sus pulmones con el aire viciado de la exigua celda para enseguida soltarlo en un largo suspiro. En su cabeza se repetían una y otra vez las palabras que lo acompañarían de manera obsesiva los próximos días:

«¿Cómo sostener la dignidad en estas condiciones? ¡Es increíble que un mariscal del glorioso, aunque vencido ejército alemán, sea acusado de crímenes de guerra! ¿Qué crímenes he cometido? ¿Acaso las guerras no son crueles? ¿Cómo es posible que quieran enjuiciarme los que han masacrado a miles y miles de civiles alemanes, buenos arios? ¿Qué defensa han tenido las víctimas inocentes que ellos provocaron? Los aliados han llevado a cabo bombardeos genocidas que destruyeron innecesariamente las ciudades alemanas, muchas de ellas eran refugios habitados en su mayoría por mujeres y niños. Cientos de miles de inocentes perecieron en el horror de Dresden, el doble de víctimas que los ataques atómicos en Hiroshima y Nagasaki juntos. ¿Dónde está la

justicia, que no reclama esa perversidad? Hitler no deseaba el sacrificio del buen alemán, no anhelaba la guerra sino que se vio abocado a ella. Qué bien lo expresó Friedrich Wilhelm Nietzsche: 'los que más han amado al hombre le han hecho siempre el máximo daño. Han exigido de él lo imposible, como todos los amantes'. ¡Cómo se atreven a censurarlo!, cuando para él solo había un pecado..., la deshonra de nuestra estirpe. Él siempre tuvo razón al tratar de imponer una moral original, una ética aristocrática y noble: la de los poderosos, la de los fuertes que repudian la debilidad. 'El judío fue siempre un parásito en el organismo nacional de otros pueblos'; lo refirió el Führer, que encarnaba un modelo para vidas ajenas, que amaba al ario y anteponía el valor de la raza. Sin duda los judíos son los que han transmutado la moral, los que han envilecido aquello que primigeniamente se consideraba virtuoso y exaltado la maldad hasta el punto de suplantar lo uno por la otra. Para llevar a cabo su labor infame de perversión, se sirvieron de un medio: 'dieron posibilidad al cristianismo, que niega la vida y acoge a los débiles pudriendo la raza'. 'Aquel judío incubó una enfermedad en la humanidad'. La naturaleza nos enseña que hay una selección natural, que los más dotados sobreviven y con ellos el linaje prospera. El impulso natural no debe ser corregido sino sublimado.»

Göring se removió como una bestia enjaulada. Tratando de esquivar su amargura, acabó por echar mano de su vieja pipa, la llenó con picadura de tabaco y acercó el fuego liberador. Al poco, devolvió las cerillas al guardián sin tan siquiera mirarle.

Pero... las extrañas sensaciones, se avivaron con más crudeza:

«Lo que más asquea —se dijo— es la cobardía e indignidad de aquellos que en su día adulaban al Führer y ante él se exhibían y golpeaban el pecho cubierto de medallas como simios en la jungla. Estos no perdían la ocasión de denigrar al que mostraba una ínfima debilidad, para así reafirmar ellos su fidelidad. ¿Y los que le vitoreaban y le pedían a gritos que salvara a Alemania? Esos, esos eran como un montón de paja seca ante el que uno se pasea con

una antorcha encendida. ¿Adónde han ido a parar los alemanes supuestamente honestos, inmisericordes, autoritarios para con los dubitativos en la defensa del nazismo? Los que ayer alardeaban de patriotismo, apostatan hoy, emergen como plañideras y abjuran de sus ideales ante el temor que les infunde el posible castigo del vencedor.»

Cansado, hastiado, Hermann Wilhelm Göring se dejó caer en el camastro y terminó por aspirar con fuerza una bocanada de humo liberador, que por momentos le satisfizo e infundió algo de la paz interior que tanto necesitaba.

*J.J.Cale*